



Las Buenas Razones del Viejo Marx¹

Gianni Vattimo



En los largos años que hemos compartido el reformismo atlántico, que aún inspira posiciones de tantos sinceros demócratas “occidentales”, rechazamos esas escandalosas generalizaciones. ¿Qué relación tienen Waco y Oklahoma City con los problemas de la sociedad occidental, con la cuestión de la seguridad en un mundo en el que la pérdida de los “valores” – comenzando por el “basilar” de la familia y, por qué no, también el de la patria – vuelve al mundo cada vez más anómico, cada vez menos cohesionado y, por tanto, más amenazador?

Sin embargo, acontecimientos como los ya mencionados, desde Waco hasta Oklahoma y el 11 de Septiembre, pasando por los nuevos procedimientos de seguridad que experimentamos cuando entramos a los Estados Unidos pero que también aplicaremos nosotros aquí (huellas digitales en los documentos), no han ocurrido sin consecuencias, sobre todo, debido a su irresistible

transparencia, y a pesar de que los medios de comunicación están muy manipulados y falseados con la sobrecarga de información y desinformación que requiere la sociedad de consumo, las noticias circulan mucho más de lo que sería compatible con las estructuras de poder y de la disciplina social. Hasta ahora, al menos: tomen el ejemplo bastante “revolucionario” de la red informática e Internet. Incluso aunque la red parezca implicar otra forma de exclusión social, entre los que “navegan” y los analfabetos informáticos, es cierto que muchos de los movimientos sociales de los últimos años han surgido y se han desarrollado precisamente con la ayuda de la web. La red es un verdadero *pharmakon*, un medio de emancipación y también un veneno. Su carga venenosa parece destinada a intensificarse – cada vez son más los gobiernos y poderes privados que inventan y ponen en marcha estrategias para controlar y regular la comunicación electrónica, tal vez aduciendo la pedofilia.

Pero en fin, quizás más determinante que Waco, que el 11 de Septiembre, que las nuevas medidas de seguridad que nos presionan cada vez más por todas partes, lo que incentiva a volver a ser comunista es que el poder capitalista – llamémosle, así, retomemos la terminología de nuestros reencontrados clásicos-, se ha vuelto intolerable y, por lo tanto, provoca (puede provocar) la revuelta del “proletariado” mundial que Marx había preconizado, porque ya no logra seguir contando con el sigilo o con las diversas máscaras ideológicas que lo han defendido durante siglos. “No somos más material para una sociedad”, decía Nietzsche. Y esto es así, fundamentalmente, porque en el mundo de la competencia económica ilimitada se ha impuesto un “salvajismo indio” (de América, *scilicet*) que ponen al desnudo la ferocidad

¹ Agradecemos a Gianni Vattimo, la gentileza de permitiros reproducir los textos “Las razones del viejo Marx” y “Nuevo proletariado” incluidos en el libro *Ecce Comu* que publicó en español editorial Ciencias Sociales, La Habana, Cuba, 2006.p.p .69-72

del sistema de poder. La selectividad del “nihilismo” nietzscheano está toda ahí: se desploman los “valores”, es decir, las máscaras que han mantenido calmados a los pobres y han tranquilizado las conciencias de los ricos en toda nuestra época “prehistórica”. Las masas que se han movilizado, más o menos por la vía de Internet, para manifestarse en todo el mundo, no sólo en el occidental, contra la invasión a Iraq, son en efecto el nuevo proletariado, aunque ignoran la conciencia de clase y no representan una clase en el sentido marxista de la palabra.

¿Nuevo proletariado?

¿De cuál masa y de qué comunismo estamos hablando? De las masas que representan hoy al viejo proletariado de Marx y que ya dejaron de ser la clase obrera dotada de conciencia de clase y, por tanto, portadora de un proyecto (¿obra de quién? Incluso en los marxistas más ortodoxos el proyecto es tarea de los intelectuales, por cuanto se integran a una élite dotada de autoridad). Por tanto los proletarios en los que pensaba Marx, hoy son diferentes, más parecidos a los que Tony Negri denomina *multitudes* aunque todavía para él presenten un aura mística que es mejor dejar a un lado.

En realidad, los proletarios de hoy son aquellos cuya pobreza extrema radica en que ahora deben entrar en acción para defender las condiciones que son la base de la vida en el planeta, mientras que los “capitalistas” – que siempre están en menor cantidad, como Marx había preconizado- consumen los recursos naturales sin reparar en que muy pronto estarán agotados (para el año 2020, ¿no más que eso?, así lo considera el famoso informe del Pentágono sobre las guerras futuras por controlar el aire y el agua).

El *Gattungswesen* del cual según Marx era portador el proletariado revolucionario se convierte para nosotros en la esencia incluso en el sentido banal de la quintaesencia, del último núcleo de seres humanos; quizás, en la “vida desnuda” a la cual se refiere Agamben.

Los pobres del mundo son hoy, los que en medio de la exclusión en que se encuentran por vivir en condiciones de pura subsistencia, disponiendo solamente de una fracción mínima de recursos y excluidos de la dilapidación que, sin embargo, caracteriza al mundo “rico”, sufren más, y quizás con plena conciencia, el desastre hacia el cual el planeta se encamina si se mantiene el actual ritmo de consumo en el mundo “desarrollado”.

Un proletariado “minimalista” como este, que no ha pasado por la dura formación de la conciencia de clase, no cuenta ni siquiera con un proyecto que deba ser elaborado por un comité central, por una élite cualquiera. Es más bien, con todo el sentido negativo, pero también positivo del término, una masa anárquica pura.

El comunismo del que hablamos al referirnos a eso es, ante todo, la negación del orden de propiedad existente, inspirado en una desconfianza profunda en las instituciones, en la estatualidad. ¿Populismo? Puede ser, no podemos estar continuamente aleccionando a quien siente que debe revelarse; solo podemos tratar de participar en la rebelión y tratar de trabajar en la formación de modelos de convivencia que se correspondan con las exigencias en las que se inspira.

En todo caso, la cuestión que se replantea incluso pensando en este nuevo comunismo anárquico y *suis géneris*, sigue siendo la misma: nosotros, yo, ¿qué hacemos con los condenados de la tierra? ¿No será ya de por sí una traición que trate de unirse a su movimiento quien – no es solo un intelectual sino como todos nosotros que escribimos y leemos estas cosas- es un ciudadano del Imperio, aunque provenga de una región marginal y de una clase rebelde, como de hecho, son los intelectuales que sobreviven más o menos parasitariamente en los intersticios de la sociedad opulenta? ¿*Ex Oriente salus*? ¿Seguimos todavía esperando la llegada de los

bárbaros (hay una poesía de Cavafis sobre eso), que hasta alguien como Nietzsche esperaba soñando con un proletariado revolucionario que no vemos ya a nuestro lado en la sociedad desindustrializada y que quisiéramos ver surgir en el tercero, cuarto o quinto mundo.